

CELEBRACIONES **D**OMINICALES
EN
ESPERA DEL **P**RESBÍTERO



TIEMPO ORDINARIO
IV PARTE
CICLO **A**

ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:



In el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

ACTO PENITENCIAL

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos.

Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios

por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas con el Padre

en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios

por los siglos de los siglos.

Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos. Señor.

8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.

9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.


Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos, Señor.

Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

reo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen,

hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,

nació de santa María Virgen,

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,

fue crucificado, muerto y sepultado,

descendió a los infiernos,

al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos

y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

- a) por las necesidades de la Iglesia;
- b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;
- c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;
- d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,

signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Y, junto con el pueblo, continúa:



Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. Luego, si se juzga oportuno, añade:

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiemos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,
démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
basta para sanarme.

18. El ministro laico dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.
Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.

El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

20. Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

21. Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,
nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.

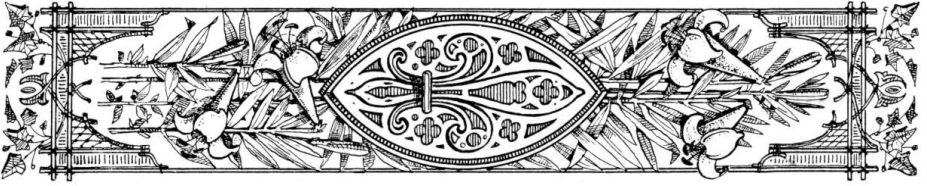
Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. Después hecha la debida reverencia se retira.





Domingo XXVII del tiempo ordinario

Monición de entrada

Celebrar la Eucaristía dominical en este domingo XXVII del tiempo ordinario es agradecer desde el hondón del alma que Dios Padre, por medio de Jesucristo, nos vuelva a reunir como viña escogida, y nos llame a dar fruto y a corresponder al don de su gracia. Sin embargo, a menudo fallamos, y no damos el resultado que Dios espera de nosotros. Por eso, confiados en el Señor que siempre perdona, pidámosle, en silencio, perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que has sido llamado a sanar los corazones afligidos.

Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que has venido a llamar a los pecadores. Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que estás sentado a la derecha del Padre para interceder por nosotros.

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Dios todopoderoso y eterno,
que desbordas con la abundancia de tu amor
los méritos y los deseos de los que te suplican,
derrama sobre nosotros tu misericordia,
para que perdones lo que pesa en la conciencia
y nos concedas aun aquello que la oración no menciona.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

En el Evangelio de hoy (cf. Mt 21,33-43) Jesús, previendo su pasión y muerte, narra la parábola de los viñadores asesinos, para advertir a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo que están por emprender un camino errado. Tienen, en efecto, malas intenciones con él y buscan la manera de eliminarlo.

El relato alegórico describe a un propietario que, después de haber cuidado mucho su viña (cf. v. 33), tiene que ausentarse y se la arrenda a unos labradores. Luego, cuando llega el tiempo de la cosecha envía a algunos siervos a recoger los frutos; pero los viñadores los reciben a palos e incluso matan a algunos. El propietario manda a otros siervos, más numerosos, que, sin embargo reciben el mismo trato (cf. vv. 34-36). El colmo llega cuando el propietario decide enviar a su hijo: los viñadores no le tienen ningún respeto, al contrario, piensan que eliminándolo podrán adueñarse de la viña, y así lo matan también (cf. vv. 37-39).

La imagen de la viña es clara, representa al pueblo que el Señor ha elegido y formado con tanto cuidado; los siervos

mandados por el propietario son los profetas, enviados por Dios, mientras que el hijo es una figura de Jesús. Y así como fueron rechazados los profetas, también Cristo fue rechazado y asesinado.

Al final del relato, Jesús pregunta a los jefes del pueblo: «Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?» (v. 40). Y ellos, llevados por la lógica del relato, pronuncian su propia condena: el dueño — dicen— castigará severamente a esos malvados y «arrendará la viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo» (v. 41).

Con esta dura parábola, Jesús pone a sus interlocutores frente a su responsabilidad, y lo hace con extrema claridad. Pero no pensemos que esta advertencia valga solamente para los que rechazaron a Jesús en aquella época. Vale para todos los tiempos, incluido el nuestro. También hoy Dios espera los frutos de su viña de aquellos que ha enviado a trabajar en ella. A todos nosotros.

En cada época, los que tienen autoridad, cualquier autoridad, incluso en la Iglesia, en el pueblo de Dios pueden sentir la tentación de seguir su propio interés en lugar del de Dios. Y Jesús dice que la verdadera autoridad se cumple cuando se presta servicio, está en servir, no en explotar a los demás. La viña es del Señor, no nuestra. La autoridad es

un servicio, y como tal debe ser ejercida, para el bien de todos y para la difusión del Evangelio. Es muy feo cuando en la Iglesia se ve que las personas que tienen autoridad buscan el propio interés.

San Pablo, en la segunda lectura de la liturgia de hoy, nos dice cómo ser buenos obreros en la viña del Señor: todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta. (cf. Flp 4,8). Lo repito: todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta. Es la actitud de la autoridad y también la de cada uno de nosotros, porque cada uno de nosotros, en lo que le toca, tiene una cierta autoridad. Nos convertiremos así en una Iglesia cada vez más rica en frutos de santidad, daremos gloria al Padre que nos ama con infinita ternura, al Hijo que sigue dándonos la salvación, al Espíritu que abre nuestros corazones y nos impulsa hacia la plenitud del bien.

Nos dirigimos ahora a María Santísima, para la Súplica, y en octubre renovamos nuestro compromiso de rezar el santo Rosario.

Se deja unos minutos para reflexionar.

Credo

Oración de los fieles

Oremos a Dios Padre todopoderoso, dueño de la viña, que tanto amó al mundo que le ha entregado a su propio Hijo, y roguémosle que tenga misericordia de nosotros, que nos hemos reunido en su nombre y nos muestre su salvación.

- Por la Iglesia; para que buscando dar fruto a su tiempo, sea siempre fiel a su misión de anunciar el reino de Dios, procurando que su anuncio llegue a todos.

Roguemos al Señor.

- Por las vocaciones sacerdotales; para que nunca falten en nuestra diócesis de Jaca los sacerdotes necesarios para atender pastoralmente nuestros pueblos y parroquias.

Roguemos al Señor.

- Por los gobernantes; para que trabajen por todo lo que es justo, puro, amable y laudable, de manera que todos podamos disfrutar de una vida tranquila y feliz.

Roguemos al Señor.

- Por los que dudan; para que no se alejen de Dios, y tengan siempre vida para invocar su nombre.

Roguemos al Señor.

- Por todos nosotros, que hemos sido comprados al precio de la Sangre de Cristo; para que descubramos al que es la

piedra angular y fundamento de todo.

Roguemos al Señor.

Padre justo y misericordioso, que velas incesantemente sobre tu Iglesia; atiende a nuestras peticiones y no abandones la viña que tu diestra plantó y sigue cultivándola y enriqueciendo las sarmientos elegidas, para que injertados en Cristo, la vid verdadera, den abundantes frutos de vida eterna.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde diciendo:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Concédenos, Dios todopoderoso,
que nos alimentemos y saciemos
en los sacramentos recibidos,

hasta que nos transformemos en lo que hemos tomado.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada y acto penitencial.

El Señor nos invita a su banquete; nos ha recogido de los cruces de los caminos y nos ha hecho entrar en la sala de la boda y nosotros, al oír su llamada, hemos venimos aquí, a escuchar su Palabra y participar de la mesa que Él mismo nos prepara.

Pero para participar de este encuentro de salvación hemos de entrar con traje de fiesta; debemos prepararnos y tener el espíritu bien dispuesto. Pidamos pues, desde el fondo de nuestro corazón, perdón a Dios por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que llamas a todos a participar del festín de tu Reino.

Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que enjugarás un día las lágrimas de nuestros ojos.

Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que con tu mano amorosa nos guías por el camino de la vida. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Le pedimos, Señor,
que tu gracia nos preceda y acompañe,
y nos sostenga continuamente en las buenas obras.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

En el Evangelio de este domingo, Jesús nos habla de la respuesta que se da a la invitación de Dios —representado por un rey— a participar en un banquete de bodas (cf. Mt 22, 1-14). La invitación tiene tres características: la gratuidad, la generosidad, la universalidad. Son muchos los invitados, pero sucede algo sorprendente: ninguno de los escogidos acepta participar en la fiesta, dicen que tienen otras cosas que hacer; es más, algunos muestran indiferencia, extrañeza, incluso fastidio. Dios es bueno con nosotros, nos ofrece gratuitamente su amistad, nos ofrece gratuitamente su alegría, su salvación, pero muchas veces no acogemos sus dones, ponemos en primer lugar nuestras preocupaciones materiales, nuestros intereses; e incluso cuando el Señor nos llama, muchas veces parece que nos da fastidio.

Algunos invitados maltratan y matan a los siervos que entregan las invitaciones. Pero, no obstante la falta de adhesión de los llamados, el proyecto de Dios no se interrumpe. Ante el rechazo de los primeros invitados Él no se desalienta, no suspende la fiesta, sino que vuelve a proponer la invitación extendiéndola más allá de todo límite razonable

y manda a sus siervos a las plazas y a los cruces de caminos a reunir a todos los que encuentren. Se trata de gente común, pobres, abandonados y desheredados, incluso buenos y malos —también los malos son invitados— sin distinción. Y la sala se llena de «excluidos». El Evangelio, rechazado por alguno, encuentra acogida inesperada en muchos otros corazones.

La bondad de Dios no tiene fronteras y no discrimina a nadie: por eso el banquete de los dones del Señor es universal, para todos. A todos se les da la posibilidad de responder a su invitación, a su llamada; nadie tiene el derecho de sentirse privilegiado o exigir una exclusiva. Todo esto nos induce a vencer la costumbre de situarnos cómodamente en el centro, como hacían los jefes de los sacerdotes y los fariseos. Esto no se debe hacer; debemos abrirnos a las periferias, reconociendo que también quien está al margen, incluso ese que es rechazado y despreciado por la sociedad es objeto de la generosidad de Dios. Todos estamos llamados a no reducir el Reino de Dios a las fronteras de la «iglesita» —nuestra «pequeña iglesita»— sino a dilatar la Iglesia a las dimensiones del Reino de Dios. Solamente hay una condición: vestir el traje de bodas, es decir, testimoniar la caridad hacia Dios y el prójimo.

Encomendamos a la intercesión de María santísima los

dramas y las esperanzas de muchos hermanos y hermanas nuestros, excluidos, débiles, rechazados, despreciados, también los que son perseguidos a causa de la fe, e invocamos su protección también sobre los trabajos del Sínodo de los obispos reunido en estos días en el Vaticano.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos con confianza a Dios Padre, que llama a todos los hombres a participar del banquete de su reino, y pidámosle que su bondad y su misericordia nos acompañen todos los días de nuestra vida.

- Por la Iglesia; para que en medio de las cañadas más oscuras y recónditas de nuestro mundo conduzca a todos los hombres hacia fuentes tranquilas. **Roguemos al Señor.**

- Por las vocaciones al ministerio sacerdotal; para que Dios bendiga a nuestra diócesis y a toda la Iglesia con sacerdotes que se entreguen con celo a la salvación de todos los hombres. **Roguemos al Señor.**

- Por nuestros gobernantes; para que trabajen por la integración social de todos los extranjeros y despreciados del mundo. Roguemos al Señor.

- Por los difuntos, para que disfruten de las verdes praderas

del cielo y habiten en la casa del Señor por años sin término.

Roguemos al Señor.

- Por nosotros, que nos sentamos a la mesa de la Eucaristía; para que no rechacemos la invitación a participar en el banquete fraternal del Reino de Dios. **Roguemos al Señor.**

Oh Padre, que invitas al mundo entero a las bodas de tu Hijo; escucha nuestra súplica y concédenos la sabiduría de tu Espíritu.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Señor, pedimos humildemente a tu majestad que, así como nos fortaleces con el alimento del santísimo Cuerpo y Sangre de tu Hijo, nos hagas participar de su naturaleza divina.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial:

Estamos aquí sabiendo que Jesús nos ha invitado y, reunidos en su nombre, escucharemos su palabra y comulgaremos con Él y con todos los cristianos.

Y para que esta celebración de fruto en nosotros, pidamos al Señor que prepare nuestros corazones y, sabiendo que necesitamos de su misericordia, pidámosle perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que has venido a buscar al que estaba perdido.
Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que has querido dar la vida en rescate por todos.
Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que reúnes a tus hijos dispersos.
Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (*Se hace un momento de silencio*)



Dios todopoderoso y eterno,

haz que te presentemos

una voluntad solícita y estable,

y sirvamos a tu grandeza con sincero corazón.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Homilía.

El Evangelio de este domingo (Mateo 22, 15-21) nos presenta un nuevo cara a cara con Jesús y sus opositores. El tema afrontado es el del tributo al César: una cuestión «espinosa», acerca de la legalidad o no de pagar los impuestos al emperador de Roma, al que estaba sometida Palestina en el tiempo de Jesús. Las posiciones eran diversas. Por lo tanto, la pregunta que hicieron los fariseos: «¿Es lícito pagar tributo al César o no?» (v. 17) constituye una tram-

pa para el Maestro. De hecho, según cómo hubiera respondido, podría haber sido acusado de estar a favor o en contra de Roma.

Pero Jesús, también en este caso, responde con calma y aprovecha la pregunta maliciosa para dar una enseñanza importante, elevándose por encima de la polémica y de las formaciones opuestas. Dice a los fariseos: «Mostradme la moneda del tributo». Estos le presentan el dinero y Jesús, observando la moneda, pregunta: «¿De quién es esta imagen y la inscripción?». Los fariseos solo pueden responder: «De César». Entonces Jesús concluye: «Dad entonces al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (cf v. 19-21). Por un lado, al insinuar devolver al emperador lo que le pertenece, Jesús declara que pagar el impuesto no es un acto de idolatría, sino un acto debido a la autoridad terrenal; por el otro —y es aquí donde Jesús da el «golpe maestro»— reclamando el primado de Dios, pide que se le rinda lo que le espera como Señor de la vida del hombre y de la historia.

La referencia a la imagen de César, incisa en la moneda, dice que es justo sentirse ciudadanos del Estado de pleno título —con derechos y deberes—; pero simbólicamente hace pensar en otra imagen que está impresa en cada hombre: la imagen de Dios. Él es el Señor de todo y nosotros, que hemos sido creados «a su imagen» le pertene-

ceamos ante todo a Él. Jesús planteó, a partir de la pregunta hecha por los fariseos, una interrogación más radical y vital para cada uno de nosotros, una interrogación que podemos hacernos: ¿a quién pertenezco yo? ¿A la familia, a la ciudad, a los amigos, a la escuela, al trabajo, a la política, al Estado? Sí, claro. Pero antes que nada —nos recuerda Jesús— tú perteneces a Dios. Esta es la pertenencia fundamental. Es Él quien te ha dado todo lo que eres y tienes. Y por lo tanto, nuestra vida, día a día, podemos y debemos vivirla en el reconocimiento de nuestra pertenencia fundamental y en el reconocimiento de corazón hacia nuestro Padre, que crea a cada uno de nosotros de forma singular, irrepetible, pero siempre según la imagen de su Hijo amado, Jesús. Es un misterio admirable. El cristiano está llamado a comprometerse concretamente con las realidades humanas y sociales sin contraponer «Dios» y «César»; contraponer a Dios y al César sería una actitud fundamentalista. El cristiano está llamado a comprometerse concretamente en las realidades terrenales, pero iluminándolas con la luz que viene de Dios.

El confiarse de forma prioritaria a Dios y la esperanza en Él no comportan una huida de la realidad, sino restituir laboriosamente a Dios aquello que le pertenece. Por eso el creyente mira a la realidad futura, la de Dios, para vivir la

vida terrenal con plenitud y responder con coraje a sus desafíos.

Que la Virgen María nos ayude a vivir siempre en conformidad con la imagen de Dios que llevamos en nosotros, dentro, dando también nuestra contribución a la construcción de la ciudad terrenal.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Como pueblo sacerdotal, oremos a Dios Padre todopoderoso, de quien proviene toda autoridad, dirigiéndole las súplicas de la Iglesia que confía en Él, y pidámosle que nos alcance el don de saber discernir lo que le agrada.

- Por la Iglesia, comunidad de creyentes en Cristo; para que, procurando su libertad e independencia de todo poder político y económico, sea signo de la justa libertad que Dios quiere para todos.

Roguemos al Señor.

- Por los misioneros y misioneras, que han dejado valientemente su patria por amor a Cristo; para que sean testigos del Evangelio y promuevan en todas partes la reconciliación, la fraternidad y el saber compartir.

Roguemos al Señor.

- Por los gobernantes de todas las naciones; para que reconozcan y respeten la misión de la Iglesia de anunciar libremente el Evangelio, y todos los ciudadanos presten la debida obediencia en todo lo que esté ordenado con leyes justas.

Roguemos al Señor.

- Por aquellos que ponen su confianza sólo en los bienes materiales; para que se den cuenta que todas las riquezas de este mundo son apariencia, mientras que Dios ha hecho el cielo.

Roguemos al Señor.

- Por todos nosotros, para que la Eucaristía nos ayude a ser buenos cristianos, ciudadanos honrados y hombres y mujeres de bien, y entre todos construyamos nuestro país con esfuerzo, trabajo y honestidad.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, a quien obedecen todas las criaturas y diriges misteriosamente la libre voluntad de los hombres; escucha nuestra oración y haz que ninguno de nosotros abuse de su poder, pero que toda autoridad sirva al bien de todos, según el Espíritu y la palabra de tu Hijo, y que toda la humanidad te reconozca a ti como el único Dios.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Señor,
haz que nos sea provechosa
la celebración de las realidades del cielo,
para que nos auxilién los bienes temporales
y seamos instruidos por los eternos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada y acto penitencial

La celebración de la eucaristía dominical es la participación en los fundamentos de nuestra fe. Esta Eucaristía sea para cada uno de nosotros un momento de oración profunda y sincera, mediante la cual nos encontremos con el Señor y nos fortalezcamos para orar también después de que la celebración concluya.

Demos, pues, comienzo a los sagrados misterios y, poniéndonos en la presencia del Señor, pidámosle perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que eres misericordioso y compasivo.

Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que pasaste por la vida haciendo el bien a todos.

Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que no quieres que nadie se pierda.

Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



ios todopoderoso y eterno,
aumenta nuestra fe, esperanza y caridad,
y, para que merezcamos conseguir lo que prometes,
concédenos amar tus preceptos.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Homilía

El Evangelio de hoy nos recuerda que toda la Ley divina

se resume en el amor a Dios y al prójimo. El evangelista Mateo relata que algunos fariseos se pusieron de acuerdo para poner a prueba a Jesús (cf. 22, 34-35). Uno de ellos, un doctor de la ley, le hizo esta pregunta: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?» (v. 36). Jesús, citando el libro del Deuteronomio, le dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este mandamiento es el principal y primero» (vv. 37-38). Y hubiese podido detenerse aquí. En cambio, Jesús añadió algo que no le había preguntado el doctor de la ley. Dijo: «El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 39). Tampoco este segundo mandamiento Jesús lo inventa, sino que lo toma del libro del Levítico. Su novedad consiste precisamente en poner juntos estos dos mandamientos —el amor a Dios y el amor al prójimo— revelando que ellos son inseparables y complementarios, son las dos caras de una misma medalla. No se puede amar a Dios sin amar al prójimo y no se puede amar al prójimo sin amar a Dios. El Papa Benedicto nos dejó un bellísimo comentario al respecto en su primera encíclica *Deus caritas est*, (nn. 16-18).

En efecto, el signo visible que el cristiano puede mostrar para testimoniar al mundo y a los demás, a su familia, el amor de Dios es el amor a los hermanos. El mandamiento

del amor a Dios y al prójimo es el primero no porque está en la cima de la lista de los mandamientos. Jesús no lo puso en el vértice, sino en el centro, porque es el corazón desde el cual todo debe partir y al cual todo debe regresar y hacer referencia.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos, hermanos, al Dios y Padre de misericordia, origen y fundamento de todo bien, por todos los hombres, para que a nadie le falte la ayuda de nuestra caridad.

- Por la Iglesia; para que los cristianos seamos reconocidos en el mundo por amar a nuestros semejantes.

Roguemos al Señor.

- Por los jóvenes y adolescentes; para que abran sus ojos a los verdaderos valores, a la belleza, al bien y al amor puro.

Roguemos al Señor.

- Por cuantos tienen autoridad; para que acierten a realizar su misión de gobierno como un servicio para todos.

Roguemos al Señor.

- Por aquellos que se sienten solos; para encuentren en Dios su fortaleza, su roca y su refugio. Roguemos al Señor.

- Por todos y cada uno de nosotros; para que seamos capa-

ces, de amar a Dios con todas nuestras fuerzas y al prójimo como a nosotros mismos.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, escucha nuestra súplica y danos un corazón libre de todos los ídolos, para servirte sólo a Ti y amar a los hermanos según el Espíritu de tu Hijo, haciendo de su mandamiento nuevo la única ley de la vida.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Qué tus sacramentos, Señor,
efectúen en nosotros lo que expresan,
para que obtengamos en la realidad lo que celebramos
ahora sacramentalmente.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

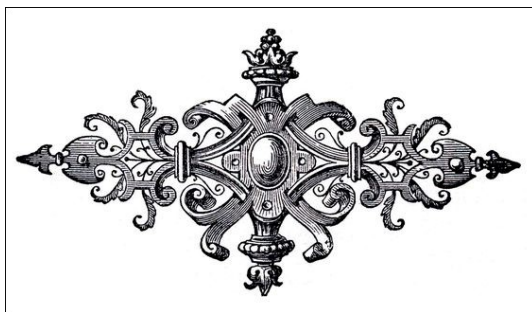
y haz que seamos tales y actuemos de tal modo
que en todo podamos agradarte.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.





XXXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

Acogemos en nuestro corazón la invitación que cada domingo nos hace el Señor de ir a él con nuestros cansancios y agobios. Le pedimos al Señor *“que no nos abandone, que no se quede lejos”*. Por eso, comenzamos la celebración poniéndonos sinceramente en la presencia del Señor, ante su verdad, la cual nos descubre nuestra miseria y pecado. Así pues, reconozcamos en unos momentos de silencio nuestros pecados, y pidamos a Dios su gracia y su perdón.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

- Tú que no has venido a ser servido, sino a servir.

Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que entregaste tu vida en rescate por todos. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú, nuestro Maestro y Señor, humillado hasta la muerte de cruz . Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



ios de poder y misericordia
de quien procede el que tus fieles
te sirvan digna y meritoriamente,

concédenos avanzar sin obstáculos

hacia los bienes que nos prometes.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El Evangelio de hoy (cf Mateo 23, 1-12) está ambientado en los últimos días de la vida de Jesús, en Jerusalén; días cargados de expectativas y también de tensiones. Por un la-

do Jesús dirige críticas severas a los escribas y a los fariseos, por otra deja importantes mandatos a los cristianos de todos los tiempos, por tanto también a nosotros.

Él dice a la multitud: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan». Esto significa que ellos tienen la autoridad de enseñar lo que es conforme a la Ley de Dios. Sin embargo, justo después, Jesús añade: «pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen» (v. 2-3). Hermanos y hermanas, un defecto frecuente en los que tienen una autoridad, tanto autoridad civil como eclesiástica, es el de exigir de los otros cosas, también justas, pero que ellos no ponen en práctica en primera persona. Tienen una doble vida. Dice Jesús: «Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas» (v. 4). Esta actitud es un mal ejercicio de la autoridad, que sin embargo debería tener su primera fuerza precisamente en el buen ejemplo.

La autoridad nace del buen ejemplo, para ayudar a los otros a practicar lo que es justo y necesario, sosteniéndoles en las pruebas que se encuentran en el camino del bien. La autoridad es una ayuda, pero si está mal ejercida, se convierte en opresiva, no deja crecer a las personas y crea un

clima de desconfianza y de hostilidad, y lleva también a la corrupción.

Jesús denuncia abiertamente algunos comportamientos negativos de los escribas y de algunos fariseos: «quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas» (v. 6-7).

Esta es la tentación que corresponde a la soberbia humana y que no siempre es fácil de vencer. Es la actitud de vivir solo por la apariencia.

Después Jesús les da mandatos a sus discípulos: «no os dejéis llamar “Rabí”, porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois todos hermanos. [...] Ni tampoco os dejéis llamar “Directores”, porque uno solo es vuestro Director: el Cristo. El mayor entre vosotros será vuestro servidor» (vv. 8-11).

Nosotros discípulos de Jesús no debemos buscar título de honor, de autoridad o de supremacía. Yo os digo que a mí personalmente me duele ver a personas que psicológicamente viven corriendo detrás de la vanidad de las condecoraciones. Nosotros, discípulos de Jesús, no debemos hacer esto, ya que entre nosotros debe haber una actitud sencilla y fraterna.

Todos somos hermanos y no debemos de ninguna manera dominar a los otros y mirarlos desde arriba. No. Todos

somos hermanos. Si hemos recibido cualidades del Padre celeste, debemos ponerlas al servicio de los hermanos, y no aprovecharnos para nuestra satisfacción e interés personal. No debemos considerarnos superiores a los otros; la modestia es esencial para una existencia que quiere ser conforme a la enseñanza de Jesús, que es manso y humilde de corazón y ha venido no para ser servido sino para servir.

Que la Virgen María, «humilde y alta más que otra criatura» (Dante, Paraíso, XXXIII, 2), nos ayude, con su materna intercesión, a rehuir del orgullo y de la vanidad, y a ser mansos y dóciles al amor que viene de Dios, para el servicio de nuestros hermanos y para su alegría, que será también la nuestra.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos ahora nuestra oración confiada a Dios Padre, pidiéndole que nos haga cada vez más fieles a su amor, siguiendo el camino de su Hijo Jesucristo.

- Por los pastores de la Iglesia; para que lo que predicán de palabra lo cumplan con sus obras.

Roguemos al Señor.

Por las vocaciones; para que los consagrados por el Reino

sirvan al Pueblo de Dios con una vida evangélica y cercana, y estimulen a los jóvenes a consagrarse en la Iglesia.

Roguemos al Señor.

- Por los gobernantes de las naciones; para que no sean ambiciosos ni pretendan grandezas que superen sus capacidades.

Roguemos al Señor.

- Por aquellos que se encargan del cuidado de los ancianos y enfermos; para que los traten siempre con delicadeza y cariño.

Roguemos al Señor.

- Por todos los aquí presentes; para que acojamos siempre el evangelio como Palabra de Dios que permanece operante en nosotros.

Roguemos al Señor.

Oh Dios, Creador y Padre de todos, atiende nuestra plegaria y danos la luz de tu Espíritu, para que reconociendo en todo ser humano la dignidad de tus hijos, no sólo de palabra, sino con las obras, demostremos ser discípulos del único maestro que se hizo hombre por amor.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

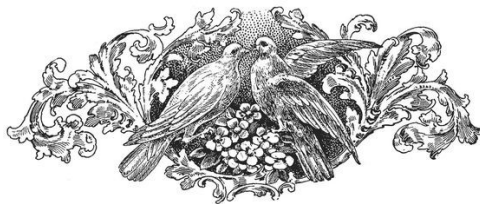
Oremos (*Se hace un momento de silencio*)

Te pedimos, Señor,
que aumente en nosotros la acción de tu poder,
para que, alimentados con estos sacramentos del cielo,
nos preparemos, por tu gracia, a recibir tus promesas.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





TODOS LOS SANTOS

Monición de entrada y acto penitencial

La solemnidad de todos los santos que hoy celebramos nos reúne alrededor del altar para incorporarnos al cántico de acción de gracias de todos los hombres y mujeres del mundo, de épocas y lugares distintos, todos ellos hermanos nuestros, que a lo largo de su existencia terrena vivieron el camino del evangelio que todos estamos llamados a seguir, y que ahora comparten para siempre la gloria de Dios en el cielo.

Por eso, al comenzar la celebración de los sagrados misterios, nos confesamos pecadores y culpables ante Dios y ante los hermanos, invocando a nuestra Señora, la Virgen María y a todos los santos, para que intercedan por nosotros.

- Tú, que has dado la vida en la cruz por nuestros pecados.
Señor ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

- Tú, que has resucitado de entre los muertos y vives por siempre. Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú, que eres el Buen Pastor que nos conduces a la vida. Señor ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Dios todopoderoso y eterno,
que nos has otorgado venerar
en una misma celebración los méritos
de todos los Santos, concédenos,
por esta multitud de intercesores,
la deseada abundancia de tu misericordia.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La primera lectura de hoy, del Libro del Apocalipsis, nos habla del cielo y nos coloca ante «una muchedumbre inmensa», que nadie podía contar, «de toda nación, razas, pueblos y lenguas» (Apocalipsis 7, 9). Son los santos. ¿Qué hacen «allá arriba»? Cantan juntos, alaban a Dios con alegría. Sería hermoso escuchar su canto ... Pero podemos imaginarlo: ¿sabéis cuándo? Durante la misa, cuando cantamos «Santo, santo, santo el Señor, Dios del universo ...». Es un himno, dice la Biblia, que viene del cielo, que se canta allí (cf. Isaias 6, 3, Apocalipsis 4, 8), un himno de alabanza. Entonces, cantando el «Santo», no solo pensamos en los santos, sino que hacemos lo que ellos hacen: en ese momento, en la misa, nos unimos a ellos más que nunca.

Y estamos unidos a todos los santos: no solo a los más conocidos, del calendario, sino también a los «de la puerta

de al lado», a los miembros de nuestra familia y conocidos que ahora forman parte de esa inmensa multitud. Hoy, pues, es una fiesta familiar. Los santos están cerca de nosotros, de hecho, son nuestros verdaderos hermanos y hermanas. Nos entienden, nos aman, saben lo que es nuestro verdadero bien, nos ayudan y nos esperan. Son felices y nos quieren felices con ellos en el paraíso.

Por este motivo, nos invitan al camino de la felicidad, indicado en el Evangelio de hoy, tan hermoso y conocido: «Bienaventurados los pobres de espíritu [...] Bienaventurados los mansos, Bienaventurados los limpios de corazón... » (cf. Mateo 5, 3-8). El Evangelio dice bienaventurados los pobres, mientras que el mundo dice bienaventurados los ricos. El Evangelio dice bienaventurados los mansos, mientras que el mundo dice bienaventurados los prepotentes. El Evangelio dice bienaventurados los puros, mientras que el mundo dice bienaventurados los astutos y los vividores. Este camino de la bienaventuranza, de la santidad, parece conducir al fracaso. Y, sin embargo, —la primera lectura nos lo recuerda de nuevo— los santos tienen «palmas en sus manos» (v. 9), es decir, los símbolos de la victoria. Han ganado ellos, no el mundo. Y nos exhortan a elegir su parte, la de Dios que es santo.

Hoy, nuestros hermanos y hermanas no nos piden que

escuchemos otra vez un bello Evangelio, sino que lo pongamos en práctica, que emprendamos el camino de las Bienaventuranzas. No se trata de hacer cosas extraordinarias, sino de seguir todos los días este camino que nos lleva al cielo, nos lleva a la familia, nos lleva a casa. ¡Que la Santa Madre de Dios, Reina de los santos, nos ayude a caminar decididos por la senda de la santidad! Que Ella, que es la Puerta del Cielo, lleve a nuestros amados difuntos a la familia celestial.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos ahora nuestras súplicas a Dios Padre por medio de Jesucristo, el Señor, confiando en la intercesión de tantos hermanos nuestros que nos han precedido en la fe y que ahora gozan para siempre de la claridad de Dios.

- Por la Iglesia; para que sea siempre santa en sus hijos, que han recibido la vida divina en el bautismo, han sido santificados por el Espíritu Santo y se alimentan con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

Roguemos al Señor.

- Por los que gobiernan las naciones del mundo; para que busquen en todo el bien común y el progreso de la justicia y

el derecho entre los pueblos y naciones.

Roguemos al Señor.

- Por los que son perseguidos a causa de su fe o de su lucha por la justicia; para que sientan siempre la fuerza de Dios que los acompaña en su tribulación.

Roguemos al Señor.

- Por los que sufren en el cuerpo o en el espíritu; para que sean confortados por el ejemplo y la intercesión de todos los santos y a nosotros nos conceda un corazón compasivo.

Roguemos al Señor.

- Por todos nosotros, que participamos en la celebración de la Eucaristía; para que el ejemplo de vida de los santos nos ayude a vivir una vida según el evangelio.

Roguemos al Señor.

Suba ante tu presencia, Señor, la oración de tu Iglesia, que celebra la bienaventuranza eterna de quienes han vivido creyendo y esperando en Cristo; y concede a tu pueblo la constante protección de todos los santos, a fin de que, por su intercesión, obtenga los beneficios que te implora y aumente en él la fidelidad a tu Hijo Jesucristo.

Él, que vive y reina, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

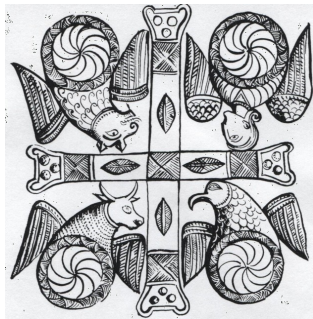
Oremos (*Se hace un momento de silencio*)

Te adoramos y admiramos, oh, Dios,
el solo Santo entre todos los santos,
e imploramos tu gracia para que,
realizando nuestra santidad en la plenitud de tu amor,
pasemos de esta mesa de los que peregrinamos,
al banquete de la patria celestial.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

Jesucristo nos congrega para celebrar la Eucaristía. Él, nuevamente, nos dirigirá su Palabra y, por la acción del Espíritu Santo, el pan y el vino se convertirán en su Cuerpo y Sangre, alimento para nuestra vida cristiana, y anticipo del gran banquete, de la gran fiesta de la vida que Dios ha preparado para todos.

Y ahora, al comenzar la celebración de la Eucaristía, pidamos perdón por el mal que hacemos y por el bien que dejamos de hacer.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que satisfaces nuestra sed de bienaventuranza.
Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que nos das la esperanza de la resurrección.
Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos invitas al banquete del reino de los cielos.

Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Dios de poder y misericordia,
Aparta, propicio, de nosotros toda adversidad,
para que,

bien dispuestos en cuerpo y espíritu,

Podamos aspirar libremente a lo que te pertenece.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En este domingo, el Evangelio (cf Mateo 25, 1-13) nos indica las condiciones para entrar en el Reino de los cielos y lo hace con la parábola de las diez vírgenes: se trata de las jóvenes que estaban encargadas de acoger y acompañar al novio en la ceremonia de boda y, como en esa época era costumbre celebrar de noche, las mujeres estaban equipadas con lámparas. La parábola dice que cinco de estas vírgenes son prudentes y cinco son necias: de hecho, las prudentes llevaron con ellas el aceite para las lámparas, mientras que las necias no lo llevaron. El novio tarda en llegar y todas se adormilaron. A medianoche se anuncia la llegada del novio; entonces las vírgenes necias se dan cuenta de que no tenían aceite para las lámparas y se lo piden a las prudentes. Pero estas responden que no pueden dárselo, porque no habría suficiente para todas. Mientras las necias van en busca de aceite, llega el novio; las vírgenes prudentes entran con él en la sala del banquete y se cierra la puerta. Las cinco necias regresan demasiado tarde, llaman a la puerta, pero la respuesta es: «En verdad os digo que no os conozco» (v. 12) y se quedan fuera.

¿Qué quiere enseñarnos Jesús con esta parábola? Nos recuerda que debemos permanecer listos para el encuentro

con Él. Muchas veces, en el Evangelio, Jesús insta a velar y lo hace también al final de este relato. Dice así: «Velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (v. 13). Pero con esta parábola nos dice que velar no significa solamente no dormir, sino estar preparados; de hecho, todas las vírgenes se duermen antes de que llegue el novio, pero al despertarse algunas están listas y otras no. Aquí está, por lo tanto, el significado de ser sabios y prudentes: se trata de no esperar al último momento de nuestra vida para colaborar con la gracia de Dios, sino de hacerlo ya ahora. Sería hermoso pensar un poco: un día será el último. Si fuera hoy, ¿cómo estoy preparado, preparada? Debo hacer esto y esto... prepararse como si fuera el último día: esto hace bien.

La lámpara es el símbolo de la fe que ilumina nuestra vida, mientras que el aceite es el símbolo de la caridad que alimenta y hace fecunda y creíble la luz de la fe. La condición para estar listos para el encuentro con el Señor no es solo la fe, sino una vida cristiana rica en amor y caridad hacia el prójimo. Si nos dejamos guiar por aquello que nos parece más cómodo, por la búsqueda de nuestros intereses, nuestra vida se vuelve estéril, incapaz de dar vida a los otros y no acumulamos ninguna reserva de aceite para la lámpara de nuestra fe; y ésta —la fe— se apagará en el momento de la venida del Señor o incluso antes. Si en cambio estamos

vigilantes y buscamos hacer el bien, con gestos de amor, de compartir, de servicio al prójimo en dificultades, podemos estar tranquilos mientras esperamos la llegada del novio: el Señor podrá venir en cualquier momento, y tampoco el sueño de la muerte nos asusta, porque tenemos la reserva de aceite, acumulada con las obras buenas de cada día. La fe inspira a la caridad y la caridad custodia a la fe.

Que la Virgen María nos ayude a hacer nuestra fe cada vez más operante por medio de la caridad; para que nuestra lámpara pueda resplandecer ya aquí, en el camino terrenal y después para siempre, en la fiesta de bodas en el paraíso.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Alcemos ahora nuestras manos y elevemos nuestras súplicas invocando al Señor, nuestro Dios, que sale al encuentro de nuestros deseos.

- Para que todos los miembros de la Iglesia vivamos siempre atentos al Reino de Dios teniendo encendidas nuestras lámparas.

Roguemos al Señor.

- Para que todos los que el Señor ha elegido le sigan más de cerca, experimenten con fuerza el deseo de santidad, y ésta sea un reclamo de nuevas vocaciones.

Roguemos al Señor.

- Para que las autoridades civiles actúen siempre con prudencia y sabiduría, velando siempre por el bien de la sociedad.

Roguemos al Señor.

- Para que Jesús lleve consigo a su reino de luz y de vida a todos los difuntos, y nos conceda a los que vivimos la esperanza en la vida eterna.

Roguemos al Señor.

- Para que sintiéndonos sedientos de la gracia de Dios, le bendigamos y alabemos con júbilo constante.

Roguemos al Señor.

Oh Dios, cuya sabiduría va en busca de aquellos que escuchan tu voz; escucha nuestras peticiones y haznos dignos de participar en tu banquete; alimenta el aceite de nuestras lámparas para que no se apaguen en la espera, para que cuando Cristo venga, estemos prontos a salir a su encuentro para entrar en Él en la fiesta nupcial.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Alimentados con este don sagrado,
te damos gracias, Señor,
Invocando tu misericordia
para que, mediante la acción del Espíritu
permanezca la gracia de la verdad,
en quienes penetró la fuerza del cielo.
Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.





XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

Las celebraciones de estos domingos de noviembre, acabando ya el año litúrgico, son como una invitación a evaluar nuestro camino cristiano, y una invitación a reafirmar nuestra esperanza en la vida eterna.

Comencemos, pues, la celebración de la Eucaristía de este domingo, Jornada mundial de los pobres, poniéndonos delante de Dios, pidiéndole perdón porque a menudo la pereza nos priva de hacer rendir nuestros talentos, y por ello damos poco fruto; y también porque nos desentendemos muchas veces del mantenimiento de nuestra Iglesia.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Tú que nos has llamado a seguirte con fidelidad.

-Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú que nos has hecho miembros de tu Iglesia.

- Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Tú que esperas que demos fruto abundante.

- Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Loncédenos, Señor, Dios nuestro,
alegrarnos siempre en tu servicio
porque en dedicarnos a ti,
autor de todo bien,
consiste la felicidad completa y verdadera.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En este penúltimo domingo del año litúrgico, el Evangelio nos presenta la parábola de los talentos (cf Mateo 25, 14-30). Un hombre, antes de partir de viaje, entrega a sus siervos unos talentos, que en aquel tiempo eran monedas de notable valor: a un siervo, cinco talentos; a otro, dos; a otro, uno, según la capacidad de cada uno. El siervo que recibió cinco talentos es emprendedor y les hace fructificar ganando otros cinco. De igual modo se comporta el siervo que había recibido dos y se procura otros dos. En cambio, el siervo que recibió uno, excava un agujero en la tierra y esconde la moneda de su patrón.

Es este el mismo siervo que explica al patrón, a su regreso, el motivo de su gesto, diciendo: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo y fui y escondí en tierra tu talento». (vv. 24-25). Este siervo no tiene con su patrón una relación de confianza, sino que tiene miedo de él y esto lo bloquea. El miedo inmoviliza siempre y a menudo hace tomar decisiones equivocadas. El miedo desalienta de tomar iniciativas, induce a refugiarse en soluciones seguras y garantizadas y así termina por no hacer nada bueno. Para ir adelante y crecer en el camino de la vida no hay que tener miedo, hay que tener confianza.

Esta parábola nos hace entender lo importante que es tener una idea verdadera de Dios. No debemos pensar que Él es un patrón malo, duro y severo que quiere castigarnos. Si dentro de nosotros está esta imagen equivocada de Dios, entonces nuestra vida no podrá ser fecunda, porque viviremos en el miedo y este no nos conducirá a nada constructivo; de hecho, el miedo nos paraliza, nos autodestruye. Estamos llamados a reflexionar para descubrir cuál es verdaderamente nuestra idea de Dios. Ya en el Antiguo Testamento Él se reveló como «Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (Éxodo 34, 6). Y Jesús siempre nos ha mostrado que Dios no es un patrón severo e intolerante, sino un padre lleno de amor, de ternura, un padre lleno de bondad. Por lo tanto, podemos y debemos tener una inmensa confianza en Él.

Jesús nos muestra la generosidad y la premura del Padre de tantos modos: con su palabra, con sus gestos, con su acogida hacia todos, especialmente hacia los pecadores, los pequeños y los pobres —como hoy nos recuerda la I Jornada Mundial de los Pobres—; pero también con sus advertencias, que revelan su interés para que nosotros no desperdiciemos inútilmente nuestra vida. Es un signo, de hecho, de que Dios tiene una gran estima de nosotros: esta conciencia nos ayuda a ser personas responsables en cada una de

nuestras acciones. Por lo tanto, la parábola de los talentos nos reclama a una responsabilidad personal y a una fidelidad que se convierte también en capacidad de caminar continuamente sobre caminos nuevos, sin «enterrar el talento», es decir, los dones que Dios nos ha confiado y sobre los que nos pedirá cuentas.

Que la Virgen Santa interceda por nosotros, con el fin de que permanezcamos fieles a la voluntad de Dios haciendo fructificar los talentos de los que nos ha dotado. Así seremos útiles a los demás y, en el último día, seremos acogidos por el Señor, que nos invitará a tomar parte de su alegría.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos ahora a favor de todos los hombres a Dios nuestro Padre, que distribuye sus dones entre nosotros, mostrándole los deseos de sus hijos que quieren vivir como hermanos.

- Para que la Iglesia, siendo fiel en lo poco, haga fructificar el tesoro de valores que Cristo ha depositado en ella.

Roguemos al Señor.

- Para que el Señor que vela por su grey le conceda pastores misericordiosos y pacíficos, sabios y prudentes, que amen y prediquen según el corazón de Cristo.

Roguemos al Señor.

- Para que la sociedad ofrezca a todos igualdad de oportunidades, y no se desprecie ninguna cualidad humana.

Roguemos al Señor.

- Para que nuestros hermanos difuntos participen por toda la eternidad en el Banquete de su Señor.

Roguemos al Señor.

- Para que como hijos de la luz, no nos dejemos vencer por las tinieblas, y estemos siempre vigilantes ante el Día del Señor.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, atiende nuestras súplicas y haz que nuestra buena voluntad multiplique los frutos de tu providencia, que nos hace más diligentes y atentos esperando el regreso de tu Hijo, con la esperanza de escuchar que nos llame siervos buenos y fieles, y entrar así en el gozo de tu reino.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (*Se hace un momento de silencio*)

Señor, después de recibir
el don sagrado del sacramento,
te pedimos humildemente
que nos haga crecer en el amor
Lo que tu Hijo nos mandó realizar
en memoria suya.

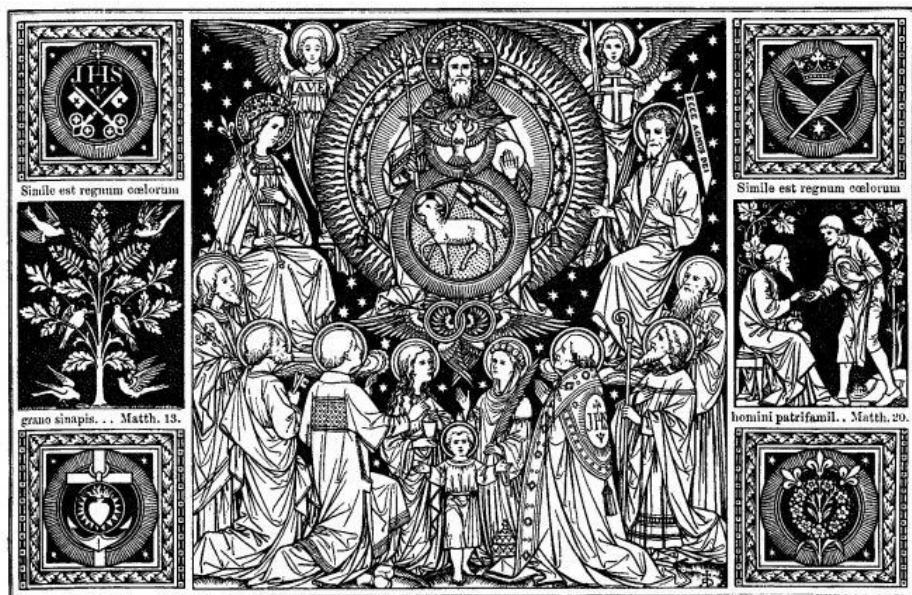
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XXXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO

Monición de entrada y acto penitencial

Celebramos en este último domingo del año litúrgico la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, la conclusión de lo que hemos ido celebrando semana tras semana a lo largo del año. Celebramos en ella que Jesús es nuestro Señor, el que nos trae la salvación, el que nos guía en el camino hacia el Reino de Dios.

Acojamos a Cristo Rey, Buen Pastor, hermano y amigo a quien encontramos en el pobre, en el enfermo, en el preso, en el hambriento..., y poniéndonos silenciosamente en su

presencia, reconocemos humildemente nuestros pecados, y le pedimos perdón por todas las veces que no hemos sido fieles a los valores del Reino que Él nos enseñó.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú, Buen Pastor, que buscas la oveja perdida.

Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

- Tú, Señor de la vida, resucitado de entre los muertos.

Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú, Rey glorioso, que volverás para darnos posesión de tu Reino.

Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos



ios todopoderoso y eterno,
que quisiste recapitular todas las cosas
en tu Hijo muy amado, Rey del Universo,
haz que la creación entera, liberada de la esclavitud,
sirva a tu majestad y te glorifique sin fin.
Él, que vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

Hoy celebramos la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo, que cierra el año litúrgico, la gran parábola en la que se despliega el misterio de Cristo: todo el año litúrgico. Él es el Alfa y el Omega, el comienzo y el cumplimiento de la historia; y la liturgia de hoy se centra en el “omega”, es decir, en el destino final. El sentido de la historia se comprende teniendo ante nuestros ojos su culminación: el final es también el fin. Y esto es precisamente lo que hace Mateo, en el Evangelio de este domingo (25, 31-46), colocando el discurso de Jesús sobre el juicio universal en el epílogo de su vida terrenal: Él, a quien los hombres están a punto de condenar, es en realidad el juez supremo. En su muerte y resurrección, Jesús se mostrará como el Señor de la historia, el Rey del universo, el Juez de todo. Pero la paradoja cristiana es que el Juez no reviste una realeza temible, sino que es un pastor lleno de mansedumbre y misericordia.

En efecto, Jesús, en esta parábola del juicio final, utiliza la imagen del pastor. Toma las imágenes del profeta Ezequiel, que hablaba de la intervención de Dios en favor del pueblo, contra los malos pastores de Israel (cf. 34, 1-10). Aquellos habían sido crueles, explotadores, prefiriendo alimentarse ellos mismos en lugar del rebaño; por lo tanto, Dios mismo promete cuidar personalmente de su rebaño, defendiéndolo de las injusticias y los abusos. Esta promesa de Dios para su pueblo se cumplió plenamente en Jesucristo, el Pastor, precisamente Él es el Buen Pastor. También Él mismo dice de sí: «Yo soy el buen pastor» (Jn 10, 11.14).

En la página evangélica de hoy, Jesús se identifica no sólo con el rey pastor, sino también con las ovejas perdidas. Podríamos hablar de una “doble identidad”: el rey-pastor, Jesús, se identifica también con las ovejas, es decir, con los hermanos más pequeños y necesitados. Y así indica el criterio del juicio: se efectuará sobre la base del amor concreto dado o negado a estas personas, porque él mismo, el juez, está presente en cada una de ellas. Él es juez, Él es Dios-hombre, pero Él es también el pobre, Él está escondido, está presente en la persona de los pobres que Él menciona precisamente allí. Jesús dice: «En verdad os digo que cuanto hicisteis (o no hicisteis) a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí lo hicisteis (o no lo hicisteis)» (vv.

40.45). Seremos juzgados por el amor. El juicio será por el amor. No por el sentimiento, no: por las obras, por la compasión que se hace cercanía y ayuda solícita.

¿Yo me acerco a Jesús presente en la persona de los enfermos, de los pobres, de los que sufren, de los presos, de los que tienen hambre y sed de justicia? ¿Me acerco a Jesús presente allí? Esta es la pregunta de hoy.

El Señor, pues, en el fin del mundo, pasará revista a su rebaño, y lo hará no sólo del lado del pastor, sino también del lado de las ovejas, con las que se ha identificado. Y nos preguntará: “¿Has sido un poco pastor, como yo?”. “¿Has sido pastor mío, de mí, que estaba presente en esa gente necesitada, o has sido indiferente?”. Hermanos y hermanas, guardémonos de la lógica de la indiferencia, de lo que viene inmediatamente a la mente: mirar a otra parte cuando vemos un problema. Recordemos la parábola del Buen Samaritano. Aquel pobre hombre, herido por los bandidos, tirado en el suelo, entre la vida y la muerte, estaba allí solo. Pasó un sacerdote, lo vio, y se fue, miró hacia otro lado. Pasó un levita, lo vio y miró hacia otro lado. ¿Soy yo, ante mis hermanos y hermanas necesitados, tan indiferente como este sacerdote, como este levita, y miro a otra parte? Seré juzgado por esto: por cómo me acerqué, por cómo miré a Jesús presente en la necesidad. Esta es la lógica, y no lo

digo yo, lo dice Jesús: “Lo que hicisteis a éste, a éste, a éste, me lo habéis hecho a mí. Y lo que no hicisteis a éste, a éste, a éste, a éste, a mí no lo hicisteis, porque yo estaba allí”. Qué Jesús nos enseñe esta lógica, esta lógica de cercanía, de acercarnos a Él, con amor, en la persona de los que más sufren.

Pidamos a la Virgen María que nos enseñe a reinar en el servir. Nuestra Señora, asunta al Cielo, recibió la corona real de su Hijo, porque lo siguió fielmente —es la primera discípula— en el camino del Amor. Aprendamos de ella a entrar desde ahora en el Reino de Dios, por la puerta del servicio humilde y generoso. Y volvamos a casa solamente con esta frase: “Yo estaba presente allí. ¡Gracias!” o si no “Te has olvidado de mí”.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Con la esperanza de ser atendidos, elevemos ahora nuestras súplicas a Dios, Padre del Rey y Señor Jesucristo, que quiere reunirnos a todos en el reino que nos tiene preparados desde la creación del mundo.

- Para que los pastores de la Iglesia busquen siempre a las ovejas descarriadas de su rebaño.

Roguemos al Señor.

- Para que los jóvenes no tengan miedo y sigan a Jesucristo, el amigo siempre fiel, sin regatearle amor, entrega y firmeza.

Roguemos al Señor.

- Para que cuantos ejercen autoridad en el mundo trabajen para que a los humildes no les falte nada de lo necesario.

Roguemos al Señor.

- Para que los fieles difuntos habiten en la casa del Señor por años sin término.

Roguemos al Señor.

- Para que sepamos ver a Cristo presente en el hambriento, en el sediento, en el forastero o desnudo.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, que has puesto a tu Hijo como único rey y pastor de todos los hombres; atiende nuestra oración y alimenta n nosotros la certeza de que un día, destruido el último enemigo, la muerte, Cristo te hará entrega de la obra de la redención, para que Tú lo seas todo en todos.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

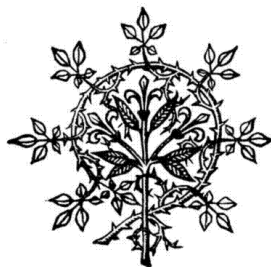
Oremos

Después de recibir el alimento de la inmortalidad, te pedimos, Señor, que, quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con él en el reino del cielo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-TIEMPO ORDINARIO

Canto de entrada

¡Sálvanos Señor Jesús! CLN A-14

Alrededor de tu mesa CLN A-4

Reunidos en el nombre del Señor CLN A-9

Pueblo de Reyes CLN 401

A Dios den gracias los pueblos CLN 510

Canto de comunión

Donde hay caridad y amor CLN O-23

Os doy un mandamiento nuevo CLN 729

Gustad y ved CLN O-30



Delegación Episcopal de Liturgia